

Hacia otra forma de leer

Montserrat Sarto
Asociación Cultural ESTEL

La campaña de cuatro años que emprendió el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte para la promoción de la lectura parece que ha sensibilizado un poco a la sociedad, la ha llevado a la convicción de que es necesario leer. No es mal resultado, sobre todo si eso se completa con una educación lectora, porque, no debemos engañarnos, crear el clima es solamente una parte de lo que se pretende. La otra parte, la respuesta eficaz es educar al niño –y al adulto– para que sepa leer, para que pueda leer. Cuando las carencias lectoras son tan profundamente serias no basta crear un clima, ha de estar secundado por una formación que haga posible leer.

Haciendo un poco de historia, en 1974 se reunió un grupo europeo de estudiosos de la literatura y de la prensa infantil y allí se planteó cuál sería el lugar de la lectura ante el avance y el atractivo de las nuevas tecnologías en el campo de la comunicación. Ya entonces se empezó a sentir el descenso de lectores. Tras muchas horas de diálogo y estudio se llegó a la conclusión de que había que ir a otra forma de leer.

A finales de 1982, seguía menguando el número de lectores, principalmente se notaban las carencias lectoras en los niños, se alarmaron los profesores y padres de familia. “Los niños no leen”, decían. Por supuesto, la televisión tenía la culpa, en su opinión, de que los niños no leyeran.

Ahora, ya en el siglo XXI, las quejas siguen igual, sólo que las causas no se limitan a la televisión, sino que han aumentado en influencia: el ordenador, los videojuegos, Internet y lo que se vaya sumando con el tiempo.

Esta situación ganó la buena voluntad del profesorado. Y pensando y pensando se

llegó a diferentes soluciones. Había que aumentar las horas semanales de la clase de lengua y estudiar literatura con más minuciosidad. A los alumnos se les podían proponer trabajos que les hiciera analizar mejor una obra. Esto se podía resolver dando a leer un libro en casa y que se presentaran a los ocho días con respuestas escritas. ¿Cuáles fueron las preguntas? Decir cuántos calificativos habían encontrado en la obra, cuántas veces aparecía tal o cual verbo, comentar la construcción literaria de la novela, cómo podría terminar de otra manera la novela leída... Tantas variedades como etcéteras se quieran imaginar. En realidad, más didáctica y más trabajo.

En un mundo de propuestas semejantes, don Manuel Alvar, que fue director de la Real Academia Española de la Lengua, hablando de la lectura escribió en el diario *ABC*: “Hay que empezar por dar a leer a los niños lo que les va a gustar. Y en vez de los sintagmas verbales, convendría, y esto lo saben muy bien los psicólogos, dar a los niños unas lecturas apropiadas a su edad y comentárselas”. Sería mejor o no, pero en las palabras del profesor Alvar había ya una propuesta más o menos clara de excesivo sometimiento a la didáctica y de la necesidad de ir a otra forma de leer.

El caso es que los profesores que seriamente se sintieron implicados en la formación de lectores, buscaron otras soluciones, por ejemplo, el librofórum, que ha conseguido que los chicos piensen, profundicen en lo que leen y penetren en el tema que presenta la obra. Si el animador prepara bien la sesión y acierta en la elección del libro, los resultados suelen ser buenos, entre otras razones porque asegura la participación e interioriza la lectura.

Los escollos del librofórum aparecen en los casos en los que el animador quiere intensificar demasiado las propuestas de valoración. Poner atención a la vez en los personajes (su apariencia, psicología, conducta, etcétera), en el arte y el lenguaje, en la fantasía y la afectividad, en el pensamiento del lector y el lugar donde se desarrolla la historia, la calidad literaria y un largo etcétera, pienso que es excesivo, sobre todo según a qué edades se aplique el librofórum. Me parece que es permanecer en la didáctica y abrumar al chico con unos descubrimientos de lectura que, divididos por partes, pueden dar buenos resultados.

Hace ya siglo y medio que en la escuela se ha enseñado a leer a los niños, pero, como ha dicho Isabel Jan, “se ha enseñado a leer pero no la lectura”. Luego, hay una parte que no está resuelta para hacer lectores.

Como en tantas ocasiones, ponemos el interés en hablar de la animación a la lectura en la escuela, que nos parece el lugar más adecuado, pero donde están los libros, donde podrá encontrar camino para leer cualquier persona, es en la biblioteca pública. Probablemente, los bibliotecarios tendrán otro tipo de dificultades de las que tienen los profesores para organizar grupos de lectores, pero también otras ventajas. La labor de algunas bibliotecas públicas, como la de Guadalajara, con grupos de adultos, es encomiable y de excelentes resultados, y es una demostración de cómo puede contribuir la biblioteca a la formación de lectores y a consolidar el interés por la lectura.

Desde 1974, un grupo de especialistas de la literatura infantil venimos estudiando la necesidad de educar para leer. Al principio, desde la librería Talentum y, actualmente, por medio de la Asociación Cultural ESTEL. El camino que se ha seguido ha sido profundizar en el conocimiento de las carencias lectoras, buscar las causas de estas carencias, estudiar las posibilidades para superarlas, crear estrategias educativas y llegar a conformar un método que se transmite a través de cursos a adultos y a niños.

Se ha podido comprobar que da buenos resultados en el mundo de las nuevas tecnologías. Esto es particularmente interesante, puesto que la lectura sigue siendo imprescindible por muchas razones. El mundo de la comunicación, con el atractivo de las nue-

vas tecnologías —en frase del profesor José Antonio Marina, “los ordenadores han venido para quedarse”— no tiene más inconveniente que armonizar una vida paralela, con una nueva forma de leer.

Es insuficiente la enseñanza de la lectura que se imparte en la Enseñanza Primaria y resulta poco acertado, para hacer lectores, apoyarse solamente en las clases de lengua y literatura. Respétense ambas en la forma que cada profesor estime más conveniente, pero téngase en cuenta que “educar para leer” tiene otras exigencias. ¿Esto supone un nuevo planteamiento escolar? ¿Es el claustro de profesores quien ha de analizar la conveniencia o no de convertir a sus alumnos en personas lectoras, desarrollando su mente para poder leer en cualquier circunstancia de la vida? Por supuesto que debe ser así. No se trata de que un profesor/a, libremente y como francotirador/a, aplique un método concreto de educación lectora con sus alumnos. Siempre será una acción beneficiosa, aunque incompleta. La buena labor está en todos los responsables del centro, ya que la necesidad de hacer lectores es multidisciplinar e interesa al profesor de matemáticas como al de lengua, al de física y al de sociales. Decía un profesor de matemáticas, en un curso celebrado en Cáceres: “Ahora me doy cuenta de por qué mis alumnos no saben resolver los problemas; es porque no saben leerlos”.

Tenemos que reconocer que la nueva pedagogía obliga a renovar la escuela y renovar el profesorado. La labor tendrá que hacerse con los docentes existentes y con la preparación de nuevos profesores, si de verdad se quiere encontrar el “rol” de la lectura en el mundo actual.

¿Por qué defendemos la animación a la lectura? Porque creemos que el niño, el adolescente y el adulto tienen inactiva una capacidad lectora que puede y debe desarrollarse. Mediante las sesiones de animación a la lectura, poco a poco el niño se adueña de una forma de leer que le permite ser un lector autónomo.

La animación a la lectura se apoya en estrategias educativas, creadas para desarrollar la capacidad lectora, en la puesta en común, en grupo, de un libro leído por todos individualmente, con la orientación del animador, educador o mediador. Si preferimos la palabra “animador” es porque entende-



mos que la animación es un proceso de interiorización mediante el cultivo de la memoria, el entendimiento y la voluntad.

¿Resultados? Podemos aportar y dar por bueno el hecho de que estudiantes que suspendían varias asignaturas todos los años, tras un ciclo de animación a la lectura, dejaron de suspender. Razones: aprendieron a leer mejor y aprovecharon más profundamente sus horas de estudio.

Hablan los adultos, en algunos sitios le han dado forma de taller a la animación a la lectura: “Las estrategias han constituido la puerta de entrada al gusto y al interés por la lectura, allanándonos el difícil camino educativo a seguir anualmente” (Esperanza Castro, profesora). “Las estrategias de animación a la lectura le han dado a mi taller una dimensión que va más allá del mero entretenimiento y que nos deja, a los niños y a mí, con ganas de comenzar la siguiente” (Aida A. Jiménez Orozco, pedagoga).

En una reunión de padres de alumnos, pide la palabra una madre y, tras varios elogios del taller de lectura, opina: “Yo les

animo a que inscriban a sus hijos en el taller de lectura, ya que mi hijo está realmente motivado a leer y paralelamente su rendimiento en la escuela está aumentado”. (Madre de David, único dato).

Opinan los niños: “Gracias por inventar esos juegos para leer con gusto. Eso me ayudó a divertirme leyendo” (Meyatzin Velasco, México).

Manifestaciones de un grupo de niños japoneses después de una estrategia: “Ha sido muy interesante el poder dialogar acerca del libro con el animador y los demás compañeros”. “Hasta ahora no había leído nunca un libro tan seriamente”. “Esta experiencia ha sido tal, que será un tesoro toda la vida”. “Cuando leí el libro, en una ocasión anterior, no me pareció tan interesante (se trata de *Tistú, el de los pulgares verdes*). Con la estrategia me di cuenta de que encerraba un profundo significado, fue algo muy divertido”. Eran niños de doce años.

Los testimonios de niños españoles son menos reflexivos, se limitan a preguntar: “¿Cuándo tendremos otra animación?”

PUBLICIDAD